

Recuerdos y Comentarios de una antigua alumna del IES La Asunción, de Elche.

Tras mi paso por la biblioteca de este centro el 25 de enero de 2024, invitada por Ignacio Fernández para dialogar sobre mi libro NO TE CONTARÉ CUENTOS, quince relatos ilicitanos, en los ENCUENTROS CON ESCRITORES, me gustaría hacer llegar a quien le pueda interesar, mis recuerdos y opiniones a cerca del tiempo transcurrido allí por mí. Estuve tres cursos, los correspondientes al Bachiller Superior y el C.O.U. entre 1973 y 1976 y fueron muy positivos para mi vida posterior.

Para una adolescente de catorce años, allá por los setenta, entrar al “instituto” era toda una manifestación de comienzo de libertad y aproximación a la madurez, sobre todo viniendo de un colegio religioso y femenino.

Por primera vez yo podía vestir con ropa de calle, sin uniforme, huir de aquel horrible desmangado con blusa blanca, zapatos colegiales, masculinos y calcetines de color triste, nada cómodo ni atractivo, para una jovencita de entonces, pues, aunque algunas no éramos muy conscientes de ello, justo era el momento de la explosión adolescente, cuando nuestro cuerpo comenzaba a desarrollarse y madurar como incipiente fruta de verano. Y en el instituto estaban ellos, los chicos, a los que jamás tuvimos cerca en ninguna clase de aquel colegio femenino; a los que no habíamos tratado de compañeros de estudios, ni de los que apenas sabíamos nada. Y, sin embargo, a los que necesitábamos, para saber que no estábamos solas en eso de la educación, por fin compartida, mixta; y en mi caso tampoco en el mundo familiar monocolor al que yo pertenecía, sin ningún niño o niña de mi edad a mi alrededor. Por eso, y por algo muy importante eran imprescindibles, a saber: para los bailes de los guateques y las fiestas de cumpleaños, que desde ese momento se nos presentaban habitualmente, y a los que no podíamos faltar.

Esa primera libertad adolescente no fue tan solo la que sugirió este instituto a la chiquilla de entonces, sino que gracias a él pude entender muchas otras cuestiones de índole social, hoy obvias, pero entonces no lo eran, pues las quinceañeras aún no comprendíamos la diferencia entre una dictadura y una democracia, entre los Derechos Humanos y los deberes hacia el Régimen entonces existente, o entre lo que significaba una Monarquía y lo que era una República... nadie nos lo había, ni siquiera, insinuado nunca. Pero aquí comenzamos a hacer preguntas y a recibir buenas respuestas.

Mis profesores, y profesoras, -de algunos no recuerdo los apellidos- en general, nos abrieron la mente para que nos cupieran otras ideas, nos hicieron conocer otras opiniones, otros modos de vivir y pensar, aprender a valorar las identidades de las personas y de los pueblos, su idiosincrasia, nuestra propia lengua -el valenciano- tan infravalorada entonces, y nos obligaron a disfrutar mucho de todas las asignaturas: (ahí estaba Margarita Fuster con La Filosofía, hablándonos de Sócrates y Platón, de la Lógica, De Kant, del Saber, del Ser, de los silogismos, de la filosofía griega y su Mitología en general, que desde entonces me apasiona.

También recuerdo a Doña Sol, en la asignatura de griego, a la que temía bastante, pues era muy exigente; a la magnífica y triste (a mí me lo parecía) Doña Helena Fernández, ya fallecida, con sus estimulantes clases de latín. En ellas descubrí los *Carmina Burana* de *Carl Orff*, en las periódicas audiciones que hacíamos en clase. Nos presentó y conocimos a *Cicerón* y a sus *Catilinarias* (desde entonces recuerdo la frase clásica: “*Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra...?*” y también a *Julio César*, en su lucha por gobernar todo el mundo conocido, en *La Guerra de las Galias*. Así mismo, recuerdo a M.^a Dolores Marcos, en Historia, ya fallecida, y a Mary Paz Hernández, que aún sigue entre nosotros, en la asignatura de inglés. A ésta última le debo el amor por los idiomas y la literatura. Después con ella he mantenido contacto, por mi interés por la Arqueología, y he compartido viajes, y excursiones de ASADILA (Asociación de Amigos de ILici-La Alcudia, de la que soy miembro) y algunas conferencias muy interesantes en el Centro de Congresos, y el de Interpretación de La Alcudia.

En fin, también recuerdo las clases de gimnasia, los apuros y la vergüenza a la hora de su práctica (hoy día impensables), y los corrillos del recreo, en donde he de confesar, comenzábamos, ignorantes, a fumar pitillos.

Por todo ello, este instituto constituyó para mí un cambio en mi vida, de niña a joven preuniversitaria. Aprendí mucho, y me lo pasé muy bien, conociendo a otras chicas y chicos, de otros colegios y barrios de Elche, formando con muchos de ellos las típicas pandillas, haciendo amistades y descubriéndome poco a poco a mí y al mundo que me rodeaba, y del que hasta ese momento había sido ajena.

En nuestro país eran tiempos de cambio, en los que se avecinaba una nueva España, tras la muerte del dictador, y había que conocer todo lo que hasta entonces había estado oculto o acallado. Así es que teníamos mucha ilusión por aprender y arduo trabajo que hacer.

Fue una época de cambio, de descubrimiento del mundo. Por eso digo que mi paso por este instituto me marcó para bien, y fue para mí un inicio de responsabilidad y un acicate hacia mi vida futura.

Y ¿cómo no?, ahora me ha sorprendido, tras cuarenta años transcurridos, volver a él para ofrecer mis libros, para que otras alumnas y alumnos puedan aprender y disfrutar con ellos, con mi poesía en LA PIEL DEL PAPEL y con mis relatos NO TE CONTARÉ CUENTOS. Espero que disfruten con su lectura y les sirva de acicate para leer mucha literatura.

Me siento orgullosa por haber pertenecido a este instituto, el primero de Elche. Guardo muy buenos recuerdos de él... y algún que otro suspenso.

Gracias, LOLA OBRERO